

Aquel amanecer de agosto de 1936

Ignorante del agua, voy buscando
una muerte de luz que me consuma.

E.G.L. «Gacela»

Lo más destacado de la inteligencia internacional y buena parte de los escritores españoles adhirieron apasionadamente a la causa de la República. En esos años de 1930, chocaban en las calles y en el campo de la propaganda, las fuerzas de izquierda y de derecha. Por una parte fascistas, nazistas, y por otra, comunistas, anarquistas, socialistas y sociales-demócratas. La «intelligentzia» se comprometió con la causa de la revolución mundial. El advenimiento del régimen comunista estaba aún cercano. Habían pasado apenas dos décadas de la toma del poder por los bolcheviques. Resonaba aún la epopeya de las tropas rojas venciendo a los ejércitos blancos y a los rumanos. La expulsión de Trotsky, en 1927, junto con las de Zinoviev y Kamenev, parecían simples luchas internas. Stalin conservaba su prestigio. Las disidencias eran consideradas como traiciones a una causa santa.

La guerra de España, además de aglutinar todas las viejas pasiones políticas en pugna de los españoles, la rebeldía anarcosindicalista, el radicalismo socialista y los ideales republicanos, absorbió la propaganda comunista de inmensa sonoridad. Formaron fila junto a la República: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Alberti, Prados, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Bergamín, Sender, Cernuda, Aub, Herrera Petere, el más joven, Miguel Hernández, Juan Larrea, Altolaguirre, García Lorca, entre centenares de otros escritores españoles. En el campo internacional, se comprometieron con la misma causa: Malraux, Stephen Spender, Auden, Hemingway, Orwell, Koestler, Aragón, Cassou, Vallejo, Neruda, Paz, entre muchísimos otros. De esta lista abreviada tan sólo murió uno: Federico García Lorca. No en la línea de fuego como el joven poeta inglés Julián Bell, sobrino de Virginia Woolf, conductor de ambulancia en la batalla de Brunete, sino fusilado por los nacionalistas, junto con dos banderilleros y un maestro de escuela, en la madrugada del 19 de agosto de 1936, es decir 33 días después de haber estallado el alzamiento militar.

El otro escritor que pagó con su vida su adhesión militante a la República fue Miguel Hernández. Cayó preso después de la derrota y falleció en la cárcel.

De la abigarrada y activa legión de intelectuales que reiteraron congresos, recitales, manifestaciones, mítines, en favor de la República, con Neruda, Alberti, María Teresa León, Malraux y Aragón a la cabeza, flanqueados por Ehrenburg, Alexis Tolstoi, Feidiev y opacas figuras influyentes del Komintern, ninguno cayó en las garras de los nacionalistas ni falleció en el frente de batalla. Seguramente en las brigadas internacionales y en las filas de los soldados republicanos murieron peleando muchos aspirantes a la gloria literaria, pero sus nombres no decían nada. Entre los famosos, salvo García Lorca, no hubo víctima alguna.

Esto fue criticado por intelectuales adversos a la causa republicana como por combatientes de la misma. Así el joven Bell, según cuenta Murray A. Sperber, en un testimonio¹, estaba asqueado en la batalla de Brunete, en la que tomó parte, por el Congreso internacional de los Escritores antifascistas que se celebraba, en ese momento, en Madrid, donde el

¹ Los escritores y la guerra de España. Corrales Egea, Tuñón de Lara, y otros. Edición de Marc Hanrez. Libros de Monte Avila. Barcelona, 1977.

tema principal era la disputa sobre el libro de Gide, *Regreso de la U.R.S.S.* Pocos días después Julián Bell caía bajo la metralla nacionalista.

Con su sarcasmo feroz, Louis Ferdinand Celine escribió en *Baga:elles pour un massacre*: «Los que ardientes de fe y de apostolado soviético no se encuentran actualmente en las trincheras ante Madrid o Zaragoza, en el fondo no son sino unas equívocas cotorras charlatanas».

La frase citada es dura, pero sin embargo contiene algo de verdad. Si bien para Vallejo, la guerra de España fue una «vía crucis» de sufrimiento íntimo físico y metafísico, muchos otros, saltaron al tinglado del «vedetismo» para jugar a los héroes junto a los héroes que sí peleaban en el frente de batalla, cuando ellos no pasaron nunca de los escenarios y hoteles de Madrid. Ese «vedetismo» de las «estrellas» intelectuales de la guerra de España, constituye, en comparación con la tragedia del humilde Vallejo o la trágica muerte de Lorca, o la prisión de Hernández, una causa de desconfianza en la autenticidad del intelectual, la cual motivará, con los años, cuando concluya la matanza de la Segunda Guerra Mundial, más de un «mea culpa», un desgarramiento de vestiduras y una ruptura con el comunismo militante.

García Lorca nunca fue un militante, ni siquiera un intelectual de esos *comprometidos*, aunque sin inscripción en partido alguno. Su posición política era emocional y nada tenía que ver con teorías y praxis. Su generación era la de la República, su simpatía por el pueblo era espontánea, ética, estética y en nada, política. Era un liberal por inclinación íntima, tanto más cuanto era víctima indirecta de una represión sexual machista, la cual lo hería profundamente.

Recordemos la anécdota citada por Mario Hernández en su prólogo a *La Casa de Bernarda Alba* (*Alianza Editorial*), referida por Rivas Cherif. Lorca le dijo a este que quería escribir un drama realista sobre el tema de la homosexualidad en un medio provinciano. En él imaginaba un diálogo entre un señor importante y su hijo. Aquel le pregunta a este por qué le echaron bola negra cuando quiso hacerse socio del Casino. El hijo contesta: «Porque soy homosexual». Y rondando siempre ese problema de profundo desgarramiento existencial para él, muy diferente a «las maricas» que increpa en su *Oda a Walt Whitman*, quienes toman su inversión con naturalidad y hasta afectamiento insolente y frívolo, se proponía escribir una obra de teatro titulada: *La destrucción de Sodoma* de la que decía: «¡Qué magnífico tema! Jehová destruye la ciudad por el pecado de Sodoma y el resultado es el pecado del incesto. ¡Qué gran lección contra los fallos de la justicia, y los pecados, qué manifestación de la fuerza del sexo!».

García Lorca no podía simpatizar con el nacionalismo porque su tradicionalismo y casticidad pasaba por un militarismo brutal y se apoyaba en prejuicios de todo orden, empezando por los sexuales, exorcizados sin cesar en la obra del poeta. Por eso se atreverá a decir una blasfemia como la de que la caída de Granada «fue un momento malísimo, aunque digan lo contrario en las escuelas. Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo, para dar paso a una ciudad pobre y acobardada; a «tierra de chavico» donde se agita actualmente la peor burguesía de España»².

Pero ese rechazo a los prejuicios, al machismo, a la discriminación entre los seres humanos, a la exaltación del imperialismo y centralismo de la Castilla de los Reyes hapsburgos, no lo comprometía con partido político alguno revolucionario ni lo inducía a militancias activistas ideológicas. Pasaba entre los odios españoles, buscando dentro de sí una Espa-

² Entrevista del poeta con Rodolfo Gil Benumeya, titulada Estampa de García Lorca, *La Gaceta Literaria*, Madrid (15 de enero de 1931), citada por Ian Gibson en su libro *El asesinato de García Lorca*.

ña nueva y a la vez nutrida de savias populares, libre de pendones y de cruces, de castigos y condenas, sobre todo opuesta a la violencia secular que ensombrecía la historia, con sus guerras civiles, pronunciamientos, gobiernos militares, conservadurismo eclesiástico, imperialismo en Africa y represiones de toda índole.

Su participación en actos políticos, influido por sus amigos y contemporáneos, no deja lugar a dudas. No era un indiferente. Pero esa muy relativa actividad pública, intensificada en función de la lucha que dividía a España, no puede asimilarlo a la militancia de un amigo suyo como Alberti, por ejemplo, inscrito en el Partido Comunista y líder de acciones propagandísticas netamente revolucionarias. Firmaba manifiestos y documentos comprometedores, pero no se comprometía por dentro y más bien, según algunos testimonios, cuando ya era inevitable la violencia, no quería asumir una opción política concreta. Hasta se cansó de esas manipulaciones de intelectuales a las cuales estuvieron dados, en esos años de ascenso del fascismo y de expansión del Art-Pro, los partidos comunistas. Ian Gibson, cuya lectura resulta indispensable si se quieren conocer los entretelones y la verdad de la muerte de Lorca y en quien me apoya para todo lo documental en este trabajo, escribe, tras de referirse y negar el apoliticismo integral de éste: «Es más: parece ser que Lorca, ya a finales de mayo de 1936, empezaba a cansarse de las presiones que ejercían, o pretendían ejercer, sobre él ciertos amigos comunistas para que se afiliara al partido o se declara marxista». Y ofrece algunos testimonios al respecto.¹

De modo que el regreso de García Lorca a Granada, puede interpretarse como una suerte de retirada hacia sí mismo, lejos de un Madrid sacudido por la pasión política. La querencia de la tierra lo llama, de esa Huerta de San Vicente donde transcurrieron tantos años de su vida. No era propiamente una fuga, sino un repliegue íntimo, una exigencia de adentro, los cuales significarían trágicamente el encuentro final con la muerte, tantas veces invocada en su poesía.

Quienes lo trataron en esos días que precedieron a la guerra civil refieren su angustia, su intuición de un gran desastre próximo, sus vacilaciones entre quedarse en Madrid o regresar a Granada adonde habían marchado, el 5 de julio, sus padres. Un amigo falangista le dijo que no fuera a Granada, si quería irse, sino a Biarritz. Otro, socialista le aseguró que en Madrid es donde estaría más seguro. García Lorca no oyó consejos. El 12 de julio fue asesinado el teniente José Castillo de los guardias de asalto, él mismo homicida del marqués de Heredia, primo de José Antonio Primo de Rivera, el jefe de Falange. Esa noche Lorca leyó a algunos amigos *La Casa de Bernarda Alba*. La muerte remataba ese drama de la virginidad. El 13 secuestraban a José Calvo Sotelo, cabeza de la oposición parlamentaria al Gobierno, y lo asesinaban. Fue el detonante. García Lorca viajaba ya hacia Granada. Había sido su opción final. Antes de partir dijo a su amigo Rafael Martínez Nadal: «Estos campos se van a llenar de muertos. Me voy a Granada y sea lo que Dios quiera». En el tren, mientras lo despedían, vio pasar a alguien y al reconocerlo, extendió los índices y meñiques para alejar la mala suerte. «Es un gafe y una mala persona» dijo. Hay probabilidades demostradas que la delación principal provenga de ese hombre, Ramón Ruiz Alonso, un diputado por la CE-DA, una de las organizaciones que apoyó la rebelión. En la muerte de García Lorca, como en algún cuento árabe, todo parecía predestinado. La fatalidad regía esa alma llena de presagios, fulguraciones y adivinaciones inconscientes. Su sentimiento de culpa cristiana le inducía a sentir en su redor un presentimiento de muerte:

Yo voy lejos del paisaje.
Hay en mi pecho una hondura
de sepultura.

¹ El asesinato de García Lorca. Ian Gibson. *Crítica*. Grupo editorial Grijalbo. Barcelona, 1979. Página 34.

Treinta y tres días de suspendido temor, en la Huerta de San Vicente, luego en el hogar de quienes quisieron protegerlo, la familia Rosales y, finalmente, en la sede del Gobierno Civil y en la última noche de La Colonia, antes de salir al campo y ser fusilado. Ian Gibson hurgó cuidadosamente para reunir testimonios de esos días. De lo escrito por él se deduce que Lorca vivió sobresaltado por los bombardeos republicanos, por las represiones que pudo comprobar, por los registros en su casa. Tuvo un respiro cuando se escondió en la casa de los Rosales quienes le querían mucho. Pero hasta allí llegó la represión, pues contrariamente a lo que se dijo en el campo republicano, los Rosales eran falangistas o simpatizaban con ese partido, pero tenían una noble condición humana y ayudaron a algunos «rojos», con lo cual se hicieron sospechosos. En la tarde del 16 de agosto, arrestaron a García Lorca. Los hermanos Rosales corrieron todos los riesgos tratando de salvar al poeta, pero sus esfuerzos fueron vanos y más bien suscitaron sospechas y hasta amenazas en el Gobierno Civil que presidía el General Valdés.

En los días que pasó casa de los Rosales, Lorca escribió los sonetos inicialmente llamados por él «del amor oscuro», pero publicados luego, por *Alianza Editorial*, bajo el título suscin-to de: *Sonetos*. Entre estos figuran los poemas de amor más intensos e íntimos de García Lorca. Escapaba al cerco de muerte muriendo de amor:

Si tú eres el tesoro oculto mío,
si eres mi cruz y mi dolor mojado,
si soy el perro de tu señorío...

Que no se acabe nunca la madeja
del te quiero me quieres, siempre ardida
con decrepito sol y luna vieja.

Que lo que no me des y no te pida
será para la muerte, que no deja
ni sombra por la carne estremecida.

Se sabe ya todo sobre el mecanismo que lo mató. Investigadores probos, desde Claude Couffon, mi amigo, el primero de ellos, hasta Ian Gibson, el más exhaustivo y minucioso, descubrieron el lugar del fusilamiento, el camino recorrido hasta ese punto, los pormenores de la detención, de la delación, de las horas pasadas en la casa del Gobierno Civil, de su comportamiento en la noche del 18 de agosto, antes de morir. Una vez que se cerró la trampa, García Lorca se encaró con valor con la muerte. Un testimonio refiere que animó a sus compañeros de celda, que hablaba y fumaba desesperadamente y pidió, antes de salir al «paseo», un sacerdote. Este ya se había marchado. Esperanza Rosales, único testigo presencial de la detención del poeta, afirma que se mostró muy entero, «muy hombre», ante Ruiz Alonso, quien portaba la orden de detención, el mismo que Lorca conjuró con un gesto contra la mala suerte, en la estación de Madrid. Invitó a rezar ante una imagen del Sagrado Corazón de Jesús a Esperanza Rosales y a Luisa Camacho, una parienta. Y se despidió con estas palabras dirigidas a la Señora Rosales: «No te doy la mano porque no quiero que pienses que no nos vamos a ver otra vez». Salió con Ruiz Alonso y con Miguel Rosales a quien la familia había llamado al cuartel de la Falange. Este insistió en ir para intervenir en su favor.

Sobre la muerte de García Lorca se han escrito mentiras de todo tipo. Los nacionalistas trataron de presentarla como un exceso incontrolado de grupos paramilitares. Los republicanos la describieron alguna vez como una batalla campal entre un Lorca armado y la guardia civil. Quisieron siempre implicar a los Rosales porque eran falangistas. Un periodista francés formó un escándalo sensacionalista asegurando que se trata de un arreglo de cuentas entre homosexuales. Couffon lo desmintió. Jean Louis Schonberg nunca pudo ofrecer prueba algu-

na de su versión de la muerte del poeta, pero el bando nacionalista recibió ese cuento con beneplácito⁴.

Está probado que García Lorca fue fusilado por orden del comandante Valdés, jefe del gobierno de Granada, una vez que triunfó la rebelión. Hubiera sido un milagro que se salvara pues, como lo demostró Gibson en su libro, reuniendo documentos, Lorca firmó muchos manifiestos antifascistas, tomó parte en actos públicos y homenajes de carácter político izquierdista y hasta fue demandado una vez por hacer quedar mal a la Guardia Civil, en sus romances. Su familia estaba con el Frente Popular. A los ojos de la represión nacionalista contra los llamados «rojos», no cabe duda que Lorca aparecía comprometido, pese a que no le gustaba la política. Sin embargo el General Valdés vaciló. Durante unos días lo retuvo en el Gobierno Civil. Probablemente el prestigio del poeta y su vinculación amistosa con la familia Rosales y con miembros de la Falange, retardó la decisión. Lorca estuvo en el Gobierno Civil desde la tarde del 16 de agosto hasta la noche entre el 18 y el 19. José Rosales, el lunes 17 obtuvo de la Comandancia Militar una orden de libertad para García Lorca. Quiso hacerla valer ante Valdés, pero este le mintió diciendo que ya se habían llevado al poeta aquella mañana. Y añadió una amenaza contra Luis Rosales.

Según Gibson, probablemente Valdés consultó con su superior, el General Queipo del Llano, quien dio la orden de eliminar a Lorca. El 19 de agosto corrió la noticia de que los rojos habían fusilado a Jacinto Benavente, a los hermanos Quintero y a Muñoz Seca, intelectuales que simpatizaban con la rebelión. No era cierto. Se trató de una maniobra de Queipo del Llano para encubrir la muerte de Lorca.

El sitio donde cayó el poeta ha sido ubicado. El primero en descubrirlo fue Claude Couffon. A unos kilómetros del pueblo de Víznar, en la falda de un cerro con pinos, cerca de Fuente Grande llamada por los árabes Fuente de las Lágrimas, fusilaron a García Lorca junto con el maestro de escuela del pueblo de Pulianas, Dióscoro Galindo González, muy querido, un hombre pacífico, y los banderilleros anarquistas Joaquín Arcollas Cabezas y Francisco Galadí Mergal. La consigna de «¡Muera la Inteligencia!» y de «¡Viva la Muerte!» de Millán Astray no podía ser aplicada mejor: asesinato de un poeta, quizás el más grande de España en los tiempos modernos, de un humilde maestro de escuela y para completar el cuadro alegórico, de dos banderilleros, actores en ese drama del toreo que García Lorca amó tanto y exaltó hasta el punto de escribir: «España es el único país donde la muerte es el espectáculo nacional». También dijo: «En todos los países la muerte es un fin. Llega y se corren las cortinas. En España, no. En España se levantan». Con menos vehemencia Saint Exupéry apuntó, de regreso de España: «Aquí se fusila como se tala un bosque».

En esa madrugada de verano, García Lorca españolamente se encontró ante el toro de la muerte. No tenía capa ni muleta. Fue arrollado. La tan mentada furia española se había desatado. Como en un rito sangriento de sacrificios humanos, la Historia escogió al más puro para triturarlo en su engranaje de guerra. La Historia nunca repara en el daño personal que causa: dispara su energía como un misil con veinte cabezas nucleares, destruyendo y devastando los blancos enemigos. En la Historia, los hombres no han sido sino enemigos los unos de los otros. Los efectos nunca han sido proporcionales a las causas. La Historia es un efecto incontrolable pero previsible. La inviste el Destino, el Hado, el Sino, a veces la Providencia cuando, por ejemplo, Hitler no llega a poner en marcha la bomba atómica antes de los norteamericanos. ¿Qué sería del mundo si los nazis hubieran dominado la fusión nuclear antes que nadie? La realización de un mundo sadiano, el fin del amor y el reino del poder.

⁴ ¡Por fin, la verdad sobre la muerte de García Lorca! *Jean-Louis Schonberg. Le Figaro Littéraire. 29 de septième de 1956. París.*

García Lorca en ese albear de agosto, tan cerca de la Fuente de las Lágrimas, entre los banderilleros y el maestro, comprendió quizás, al fin, el sentido de su vida y de su muerte próxima, tantas veces indagado en su obra de muchas vertientes, una de las cuales, apartándose de la esencia hispánica, de esa vertiente de estilización de la cultura popular tradicional, ahondó en el inconciente, en los simbolismos, en las puras sugerencias, en las asociaciones oníricas, en las revelaciones subliminales, en las vivencias de todo tipo, en la surrealidad, en las premoniciones, para alcanzar dilatadas orillas de psiquismo, tenebrosas selvas del instinto, cimas de intuición espiritual, imágenes alquímicas, adivinaciones dramáticas. *Poeta en Nueva York, Diván del Tamarit*, en poesía, y *Así que pasen cinco años*, en dramaturgia, pese a su hermetismo o precisamente gracias a él, en su abundancia de arcanos, constituyen lo que podríamos llamar: *esoterismo* lorquiano. En esas escrituras complejas, García Lorca, como escribió Alfredo de la Guardia: «Nos muestra el drama interior de un espíritu puro y frágil, incapaz de instalarse en la realidad, de conocerla y tomar de ella lo mejor, y que se entrega, quebrado y vencido, en la muerte».⁵

Aquella madrugada se cumplió la profecía formulada en 1931, en la pieza *Así que pasen cinco años*, largo viaje por el inconciente y el onirismo, «leyenda del tiempo» como lo subrayó él mismo. El surrealismo de García Lorca tiene una autenticidad premonitora, una característica pura geminiana (nació el 5 de junio de 1899), muy diferente de los intelectualismos del surrealismo francés, salvando a Desnos, Daumal y Gilbert Lecomte, definible como inspiración, imaginación creadora, disposición inventiva en las que domina una idea *brotada* de adentro y nunca razonada. Así en el citado drama de erotismo, frustración amorosa alegorías y simbolismo de muerte y vida, se lee de pronto lo siguiente:

Viejo

Se apagan los ojos y una hoz muy afilada siega los juncos de las orillas.

Amigo 2.º

Claro, todo eso pasa más adelante.

Viejo

Al contrario. Eso ha pasado ya.

Amigo 2.º

Atras se queda todo quieto, ¿cómo es posible que no lo sepa usted? No hay más que ir despertando suavemente las cosas. En cambio, dentro de cuatro o cinco años existe un pozo en el que caeremos todos.

Y así fue. Entre 1931, fecha en que escribió esa pieza y 1936, año del estallido de la guerra de España, transcurrieron como en un sueño agitado por pesadillas y exaltaciones líricas, los cinco años de la profecía lorquiana: España y él mismo cayeron en un pozo que llenó la sangre de casi un millón de muertos.

Juan Liscano

⁵ García Lorca, *Persona y Creación*. Alfredo de la Guardia. Sur. Buenos Aires.